

afrentadas tales críticas nos facilita entender en qué consiste ese «giro narrativo» el cuál, parece ser, se encuentra lejos de posturas acrílicas. De hecho, la recuperación de esta nueva perspectiva del análisis narrativo les permite a Tomás Domingo Moratalla y a Lydia Feito Grande vincular el relato con la bioética, ya que esta necesita crear puentes de comprensión, pero también, forzada por las circunstancias, asumir criterios para la necesaria toma de decisiones.

El segundo capítulo aborda de una forma más breve, seguramente por ser más conocido, la importancia de la bioética en el contexto de la reflexión práctica actual. Del planteamiento que nos presentan los autores hemos de destacar la problemática a la que se enfrenta la bioética: encontrar el difícil equilibrio entre el enfoque principialista (razón conforme a valores) y el enfoque consecuencialista (razón conforme a fines). El éxito de tal búsqueda supone encontrar una auténtica ética de la responsabilidad. Lo que nos proponen los autores es la «*bioética narrativa*» como elemento ineludible para alcanzar el mentado equilibrio.

El tercer y más relevante bloque del libro aborda de forma muy sistemática lo que encierra la novedosa etiqueta «*bioética narrativa*». En la exposición se articulan los elementos puestos en juego en los dos anteriores capítulos dentro del marco de la razón deliberativa, que es en el que se ha de entender este proyecto. Para determinar el marco de comprensión en el capítulo se atiende a la categoría aristotélica de la *phronesis*, eso sí, desde la perspectiva de la hermenéutica gadameriana y, sobre todo, ricœuriana. Con ello los autores pretenden sintetizar aspectos básicos de la ética deliberativa con el lenguaje narrativo como ámbito habitante del encuentro interpersonal. Este marco conceptual, a su vez, es puesto en diálogo con la metodología deliberativa de Diego Gracia, lo que supone un acercamiento a casos concretos que exigen una decisión acotada en el tiempo. El resultado es un nuevo método deliberativo-narrativo que apunta más allá del contexto sanitario y pone las bases de una nueva perspectiva ética e incluso política.

Tomás Domingo Moratalla y Lydia Feito Grande defienden lo deseable de aplicar la «*bioética narrativa*» al ámbito ético-político, aportando para ello ejemplos de aplicación y pinceladas de una posible democracia deliberativa, la cual no solo exige una reforma de las instituciones políticas, sino también nuevas formas de relacionarnos con los otros, factor que pasa por necesidad por una educación centrada en la deliberación y el diálogo. En definitiva, nos plantean una ambiciosa metodología de deliberación responsable que pone en juego nuestras dimensiones cognoscitivas, emotivas e imaginativas, lo que nos da que pensar también sobre un tipo de humanidad que no reduce sus relaciones a meras luchas de poder. ¿Es esto demasiado utópico? La pregunta, como no puede ser de otro modo, queda abierta: «... la vida es un quehacer en el que cada individuo debe ir decidiendo cuáles son sus opciones morales, en una tarea siempre inacabada, al modo orteguiano, que va constituyendo una identidad moral, un modo de estar en el mundo, y por tanto, estableciendo una pauta de mayor o menor responsabilidad» (p. 176).—GABRIEL ALMAZÁN.

SIXTO RODRÍGUEZ LEAL (COMP.): *Juan Blanco: El último filósofo griego*, Madrid, A parte rei, 2012; 301 págs., ISBN: 978-84-616-1583-4

La serie de trabajos compilados y editados por Sixto Rodríguez Leal –editor, entre otras, de la obra coral: *De Vallecas al Valle del Kas. Los años vividos. 20-11-75 / 19-01-86*– constituyen el testimonio vivo de la vida y enseñanza de uno de los pensadores españoles más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Auténtico maestro de filósofos, su obra se manifiesta, no en sus libros escritos, sino en la formación intelectual y filosófica de los cientos de jóvenes y estudiosos que formaron parte de su círculo filosófico a lo largo de décadas, tanto en Sevilla como en Madrid. La obra está dividida en tres apartados: una primera parte es biográfica, la segunda recoge textos sobre las vivencias vividas con el maestro de amigos y alumnos, una tercera transcribe textos dedicados al análisis de la obra y el pensamiento del maestro y en la parte final se recopilan los

pocos textos escritos –en la mayoría de los casos dictados a sus alumnos– que se conservan de Juan Blanco.

En la parte biográfica el autor ha editado la transcripción de dos entrevistas con Juan Blanco que se desarrollaron en sendas reuniones, y que fueron publicadas en la revista «BIS», que se editaba en el barrio de la Prosperidad, que acogió a Juan Blanco en Madrid, bajo los auspicios de la Librería especializada en Filosofía, «El Buscón». La segunda parte se compone de testimonios ya publicados o de textos expresamente escritos por amigos y alumnos para este libro. En primer lugar hay testimonios de la etapa sevillana de Juan Blanco (allí vivió cuarenta años) a lo que se añade un breve pero sentido homenaje a alguna de las personalidades con las que el maestro se encontró en esa época. A continuación se incluyen testimonios relativos a la etapa madrileña, que se extendió durante el resto de la vida del maestro hasta su muerte en octubre de 2002. En esta parte del libro han colaborado numerosas personas que han ofrecido un vívido testimonio de su relación con el maestro: Francisco Serra, Luis Sancho, Roberto Mesa, Pisco Lira, Antonio Calderón «Willy», Cayetano Molina, Francisco Pleguezuelo Zampalo, Alfonso Guerra, Carlos Abadía, Alfonso Fernández Malo, Alberto González Rodríguez, Aurelio de Prada, Javier Prieto, Miguel Verduras, Javier Seguí de la Riva, Marcelo Mendoza, Jorge de Rocas Santos Miró, Belén Gopegui, Ramón Irigoyen, Alicia Olabuenaga, Lila Insúa Lintridís, Susana López Blanco, Valentín Fernández Polanco, Julio Paleteiro, Enrique Olivas Cabanillas, Ángel García Galiano, Davor Simic, Concha López Blanco, Mila Ruíz Pacheco, José Luis Cogolludo, Álvaro Pazos, José Manuel Bobo, Curro Urbina y Joaquín Álvarez Garreta.

En la tercera parte de la obra Sixto Rodríguez Leal recopila una serie de escritos de discípulos, autores y estudiosos que han seguido la estela del pensamiento de Juan Blanco, indagando sobre su enseñanza y las claves de su pensamiento, mientras que la última parte del libro está dedicada a los textos conservados del propio Juan Blanco. Pues, aunque quizá uno de los rasgos más

característicos de su personalidad fue su agrafía, que le llevó a ser muy poco dado a la escritura, Sixto Rodríguez ha podido rescatar algunos textos firmados por el propio Juan Blanco, la mayoría de ellos dictados a discípulos y amigos con diferentes motivaciones y en diferentes épocas y lugares. De entre ellos destacan una serie de breves artículos dedicados a diferentes momentos de la historia de la filosofía: *El nacimiento de la filosofía y la nueva manera de pensar; La sofística, Sócrates y Platón; Galileo: un nuevo método; La filosofía política del renacimiento y el barroco; Descartes y la filosofía moderna; Espinosa y la política absolutista del barroco; Hume: el hombre como experiencia; Poder y humanismo en la edad de la razón; Kant: la ley formal; Kant: la autonomía de la razón; Hegel: el punto de partida de su filosofía*. Otros dependían de los intereses de los discípulos que promovían su publicación como: *El ocio de los empresarios en la Grecia clásica; Florencia, 1293: nace el ejecutivo moderno; Democracia económica frente a democracia moral; Sobre el conocimiento; Del hecho a la retórica; Los burgueses y la nueva sensibilidad*. Finalmente aparecen transcritas dos clases, en realidad dos diálogos del maestro con su círculo, que pueden servir de ilustración de su método pedagógico y que forman parte del legado de su enseñanza oculto hasta hoy en día. Unas clases muy trabajosamente transcritas de las grabaciones que se hacían en muchos de los grupos, con medios técnicos muy poco sofisticados, y que duermen en los armarios a la espera de que sean objeto de estudio.

Juan Blanco de Sedas (Sevilla 1928, Madrid 2002) perteneció a una generación que vivió en una época opresiva que se vio obligada a utilizar la cultura como único medio de expresión y comunicación. Siempre movido por el único interés del conocimiento libre, rechazó los requerimientos para integrarse en la estructura académica, y prefirió concentrarse en la tarea de formar a numerosos grupos de jóvenes y estudiosos durante décadas. El que fuera vicepresidente del gobierno, Alfonso Guerra, describe así su relación con Juan Blanco en sus primeros años sevillanos: «Cada mañana, a horas no tempranas, Juan Blanco

se acomodaba en una mesa arrinconada en el saloncito de la Granja Viena, un café situado en el barrio chino de Sevilla, en la Alameda de Hércules. Ante un café comenzaba a dictar unas clases magistrales, poco académicas, que duraban hasta horas muy avanzadas de la noche. Un grupo de jóvenes le rodeaba, expectante, algunos se retiraban a sus ocupaciones, otros se agregaban, unos volvían más tarde. Y así, día tras día, la conversación con el maestro llegaba a ocupar una parte importante de nuestra vida». Ya en Madrid, Juan Blanco transplantó al populoso barrio de Prosperidad, ese método de enseñanza que comprendía un amplio espectro desde la sugerencia estética a un rigor casi escolástico, aunque la filosofía fue siempre su lenguaje común.

A través de la lectura y el comentario de textos clásicos de los grandes filósofos, ayudó a crear profundos lazos de amistad y trabajo intelectual entre todos los que compartían su enseñanza. En este aspecto, Juan Blanco mantuvo la independencia exigida por la búsqueda del saber y le dio resueltamente la espalda a la jerarquía académica, que sigue ejerciendo en nuestros días un rol puramente administrativo con respecto al conocimiento. En esa misma medida resucitó, en sus espacios personales –su aula, la librería El Buscón, los cafés que frecuentaba–, la filosofía nacida de la discusión con quienes no tenían otro interés fuera de la verdad, lo que le vinculaba inmediatamente con sus interlocutores predilectos: de Platón a Lacan, de Plotino y Aristóteles a Derrida, es decir, con la comunidad escolar de filósofos. Por eso Juan Blanco no sólo fue medularmente filósofo, sino que, precisamente por serlo, esto es, precisamente por su capacidad para fecundar las inteligencias, es decir, por su carácter de maestro, fue un filósofo de escuela. Así se evidenció en el seno de los diferentes grupos con los que leía los textos «sagrados» de la historia del pensamiento, círculos en los que fomentó lazos de amistad y en cuyo seno suscitó la sensación de relación compartida con una misma enseñanza, con una misma fuente.

Era la lectura esa fuente común en la que Juan Blanco encontraba su alimento

intelectual, a través de una relación radical con los libros, que se hace patente en estas palabras dictadas a algún discípulo: «Yo he corrido muchos peligros cuando me adentraba en el mar proceloso de la lectura y tengo heridas abiertas por los libros. ¿Qué, si no, una cogida grave fue la lectura de *Moby Dick*?. He perseguido a Odiseo angustiado y hasta he intentado modificar, en la lectura, el argumento de la Odisea para paliar la gravedad de sus consecuencias. La biblioteca, a la que miro, de la que quiero hablar, es aquella que ha sido producida por el hecho de leer; su gestación la provoca el lector en el acto de su ingreso: en ese momento, impone su presencia al libro. Pero una vez dentro de ella, y también por la presencia del libro, al lector no le queda otro remedio que asistir al espectáculo, en su condición de invitado. Delante de él, los antiguos productos del mundo, edificios, naves, ballenas, espejos, virtudes, han dejado de ser sólidos y han perdido su gravedad; el espacio de la biblioteca se ha hecho estancia de los héroes de papel, de los agentes naturales del mundo literario, lugar donde estos héroes se exhiben, en sus argumentos, a ojos vista, encarnándose para que yo, su lector, pueda observarlos con todo detalle, sin que nada se oponga a su materialización».

Todos los saberes y las prácticas de su tiempo fueron objeto de discusión en las clases de Juan Blanco, de la Matemática a la Biología y de la Física a la Economía, incluidas las ciencias más específicamente «humanas»: los textos clásicos en Psicología (especialmente Freud y las distintas escuelas freudianas, Lacan incluido), en Sociología (especialmente Weber y Luhmann), en Lingüística, en Antropología, y, sobre todo, en Historia (con especial predilección por los historiadores clásicos greco-latinos), sin olvidar ninguna de las artes; todas ellas fueron objeto de atención constante en sus grupos de trabajo. De todas esas disciplinas extrajo Juan Blanco su principio de inteligibilidad y su sentido, lo que le obligó a indagar en las diferentes formulaciones y variantes de los conceptos metafísicos que las subtienden, iniciando de ese modo un rastreo histórico que le condujo hasta su

fuente originaria: la filosofía griega y, particularmente, Aristóteles.

La especial relación con el saber de Juan Blanco, el filósofo popular que, como hicieron los griegos, considera la filosofía como una actividad compartida entre amigos, y que, por ello, puede ser considerado justamente como «el último filósofo griego», ejerciendo una actividad una y mil veces repetida, puede apreciarse en esta líneas contenidas en uno de sus artículos, con las que concluimos esta reseña: «Todo lo que se pueda hacer en filosofía ya está dicho, porque tiene que ver con la “forma

del decir”. Siempre hay un “dictum” anterior, que es el “dictum” griego, aunque los autores contemporáneos no hablen de Aristóteles o de los griegos. Te puedes oponer a Aristóteles, pero lo que el universo es ya está dicho en la forma de pensar de los griegos. Ahí está puesta la situación de observación original. En filosofía para que hubiera una cosa nueva tendrían que emplearse palabras nuevas y es imposible hacer un tratado de filosofía sin escribir al menos diez mil veces las palabras que emplearon los griegos».—FRANCISCO LEÓN FLORIDO.